

## CAPÍTULO II

DESDE LA PAZ DE LUTACIO, HASTA LA INVASION DE ITALIA POR ANÍBAL

I. Cartago despues de la paz de Lutacio. Guerra de los mercenarios contra los cartagineses y levantamiento en el Africa. — II. Los romanos se anexionan Cerdeña. Los celtas. — III. Demagogia de Flaminio. Sumision de los celtas en el año 225 antes de Jesucristo. — IV. Los romanos conquistan la Alta Italia. Guerra iliria. — V. Estado de la civilizacion romana. Sistema monetario. — VI. Amilcar Barca conquista la España para los cartagineses. Asdrúbal y Aníbal. — VII. Planes de Aníbal para triunfar de los romanos. Segunda guerra púnica. — VIII. Sublevacion de los celtas en el Po. Aníbal en la Galia. — IX. Aníbal atraviesa los Alpes y vence en Tesino.

I.—CARTAGO DESPUES DE LA PAZ DE LUTACIO. GUERRA DE LOS MERCENARIOS CONTRA LOS CARTAGINESES Y LEVANTAMIENTO EN EL AFRICA.

La situacion de Cartago en el momento en que Amilcar Barca hubo de aconsejar la paz era muy poco satisfactoria; pero una serie de errores atrajo sobre el gobierno cartaginés nuevas desgracias, hasta el punto de que cuando mas necesaria le era una larga paz, la orgullosa metrópoli africana se vió obligada á entrar en una lucha decisiva y en alto grado perjudicial. La terminacion de la guerra de Sicilia y la evacuacion de las últimas fortalezas de esta isla obligaron á los cartagineses á pensar seriamente en el inmediato licenciamiento de sus mercenarios. El mal estado en que se encontraba la hacienda cartaginesa despues de la batalla de Egusa y además la fuerte indemnizacion que segun la paz de Lutacio tenia que pagar á Roma, hicieron concebir á su gobierno el plan de exigir á los audaces guerreros que habian combatido en Sicilia una rebaja en su sueldo y una renuncia á las promesas que se les habian hecho; y como no era fácil conseguir que los mercenarios extranjeros aceptasen estas proposiciones, el gobierno cartaginés fué acumulando errores sobre errores. Amilcar Barca, despues de evacuar la plaza de Erice, condujo sus tropas á Lilibeo y renunció luego el mando del ejército. Giscon, inteligente comandante de esta última fortaleza, que tenia el encargo de dirigir su evacuacion, fué harto prudente para enviar á Cartago á los mercenarios distribuidos en pequeñas secciones, con lo cual el gobierno pudo arreglarse fácilmente con cada una de estas y licenciarlas acto continuo. Los funcionarios púnicos, en su negligencia, no siguieron este ejemplo, sino que permitieron que todo el ejército mercenario, la gran masa de soldados celtas, españoles, ligurios, baleares, helénicos y africanos, se encontrasen reunidos en la capital. Cuando comenzaron á hacerse peligrosos con sus exigencias, se les dió á cuenta un poco de oro, se les indujo á penetrar en el interior del territorio y se cometió la doble falta de enviarles en masa á Sikka, distante cinco jornadas de la capital, y de desprenderse de todas las garantías que podian asegurar su conducta, permitiendo se llevaran consigo sus familias y efectos.

El ejército reunido en Sikka, sin saber en qué ocuparse, convencido de su fuerza y dispuesto á amotinarse, hizo una acogida hostil al envio de los cartagineses, Hannon, llamado el grande, en primer lugar porque no era conocido de ellos como general y, en segundo, porque sus ofrecimientos no satisficieron las promesas hechas, ó, por mejor decir, las exigencias que comenzaban á tener los mercenarios, cuya codicia se aumentaba en vista de la evidente perplejidad en que se encontraban los grandes negociantes de la angustiada metró-

poli. Lo peor era que los libios del ejército consideraban á Hannon como un hombre animado de sentimientos hostiles á su nacion. Lo cierto es que el mal escogido comisario nada consiguió, por lo cual el ejército, compuesto de veinte mil hombres, comenzó á amotinarse y se dirigió á Túnez para desde allí y con la fuerza de sus armas, dictar, como en otro tiempo Régulo, sus condiciones á los mercaderes cartagineses. Cartago sentia todo el peso de la calamidad que se le venia encima, y la completa condescendencia del gobierno animó á los sediciosos á redoblar sus exigencias. Por fin, una vez que se les hubo concedido lo principal, se dejaron persuadir de la conveniencia de someter la solucion de los puntos dificultosos al arbitrio de un general á cuyas órdenes habian luchado en Sicilia, Giscon, sin querer entenderse con Amilcar Barca que les habia abandonado en Lilibeo.

Cuando, sin embargo, aquel astuto y prudente caudillo, á quien el gobierno habia proporcionado cuantiosas cantidades, se hallaba en vías de sofocar la sublevacion, dos de los mas comprometidos conjurados, que todo debian temerle de un arreglo, el campanio Esendio, esclavo desertor, y el libio Mathos, hombres ambos astutos y osados, supieron encender de nuevo la sublevacion. Mathos avivó los temores que sentian los africanos por la posterior venganza que habian de tomar los cartagineses, una vez alejados los soldados de otras nacionalidades. Los elementos prudentes del ejército hubieron de someterse y seguir á los amotinados: Esendio y Mathos se apoderaron del mando de las tropas; Giscon y los 700 de su escolta fueron hechos prisioneros, y quedó abiertamente declarada la guerra contra Cartago, guerra que tomó desde luego un carácter peligroso para la capital, pues al llamamiento de los sediciosos respondieron en seguida en masa los soldados libios. La cruel venganza que, despues de la prision de Régulo, habian tomado los cartagineses de los vencidos africanos, avivó de tal manera el odio de estos, que las mismas mujeres libias pagaban con sus joyas á los mercenarios, á fin de que luchasen contra los aborrecidos y sanguinarios príncipes del comercio, y, á excepcion de Utica y de la poblacion vecina Hippo Zarytos, hoy Bensart, todos los lugares libio-fenicios se adhirieron á la sublevacion. Al poco tiempo, los sublevados contaban con 70,000 insurrectos africanos armados, y entonces comenzó una guerra que convirtió por espacio de tres años el Africa cartaginesa en teatro de las mayores atrocidades, lo cual, por otra parte, acontece siempre en toda guerra á muerte entre crueles señores y crueles esclavos amotinados.

Los jefes del levantamiento, que habian aprendido á hacer la guerra en la escuela de Amilcar, comenzaron por atacar á Utica é Hippo Zarytos para cortar, con la toma de estos lu-

gares, toda comunicacion entre la odiada capital y el resto del continente. Cartago, en tanto, hizo sus preparativos con inusitada rapidez: aprestóse la escuadra, se llamó á las armas á todos los hombres útiles y á nuevos mercenarios, y se confió á Hannon la direccion de la guerra; pero cuando éste, por su negligencia, puso en grave peligro la causa de los cartagineses, se dió el mando del ejército á Amilcar Barca, el cual dió en esta lucha nuevas pruebas de su genio y de su valer. En aquella ocasion encontró, segun se dice, un medio para conseguir que los salvajes é indómitos elefantes de guerra fuesen inofensivos para el ejército cartaginés, apelando para ello á un recurso algo parecido al de nuestros modernos artilleros de clavar los cañones cuya salvacion les es imposible. El conductor iba provisto de un puñal, y en caso de grave apuro, para evitar que su elefante pudiera servir al enemigo, con un martillazo, le clavaba en la parte en que la cabeza se une á la nuca, y el elefante caia muerto. Pero todo el talento de Amilcar no fué bastante para que venciera desde luego las temibles dificultades que se le oponian. En 239 dió comienzo á la guerra con solos 10,000 hombres y 70 elefantes, á pesar de lo cual obtuvo un éxito satisfactorio, pues despues de un brillante ataque dirigido contra los sitiadores de Utica, consiguió en el bajo Bagradas derrotar por completo al enemigo. El haberse pasado á los cartagineses el caudillo númida Naravas, admirador de Amilcar, y que llegó á ser su yerno, proporcionó á aquellos 2,000 caballos y con ellos la posibilidad de hacer sufrir una nueva derrota á los sediciosos. La bondad con que Amilcar trataba á los prisioneros de guerra, tomándolos á su servicio ó decidiéndoles á que dejando de combatir contra Cartago, regresasen á sus hogares, parecia deber poner pronto fin á la lucha.

Pero cuando los caudillos de la sublevacion comenzaban á inquietarse, un hombre sanguinario, el jefe del contingente celta Autarit, fanatizó á los africanos y les indujo á cometer un hecho salvaje, con lo cual se consideró ya imposible todo arreglo entre ellos y Cartago. En efecto, el celta aconsejó á los sublevados que asesinasen á Giscon y á sus 700 jinetes, y que acordasen matar en lo sucesivo á todo cartaginés hecho prisionero y cortar las manos á todos sus aliados. Con esto pareció que se habia desencadenado todo el infierno sobre el Africa; pues los cartagineses, á su vez, no titubearon desde entonces en crucificar á los prisioneros, ó hacerlos destrozarse por sus elefantes, ó dejarles morir de hambre en una isla desierta.

II.—LOS ROMANOS SE ANEXIONAN LA CERDEÑA. LOS CELTAS

Otras muchas desventuras pesaron sobre Cartago: las tropas mercenarias de la isla de Cerdeña abandonaron la causa de los cartagineses, y una escuadra formidable provista de víveres, que habia sido enviada á Cartago, fué destruida por una tempestad. Hannon, que compartia con Amilcar el mando del ejército, y que se dejaba llevar por la envidia, se portó muy mal con aquél, que valia mucho mas que él y era adversario suyo en política; y repetidas veces impidió ó debilitó sus movimientos. De este modo, los sublevados pudieron pronto reponerse de las pérdidas sufridas y aparecer mas fuertes que antes. Una circunstancia fué, sin embargo, favorable á los angustiados cartagineses, á saber, que el prudente rey de Siracusa, Hieron, que harto comprendia que el resto de su independencia estaba amenazado de grave peligro en caso de que la adversaria de Roma perdiese todas sus fuerzas, prestó á los cartagineses toda la ayuda posible, sin comprometerse por eso en manera alguna contra Roma: á este fin prohibió absolutamente á los comerciantes itálicos y sicilianos proporcionar provisiones de boca y guerra á los re-

beldes africanos, y prometió á los cartagineses, á modo de excepcion, reclutar en territorio itálico tropas con que combatir á sus enemigos.

Sin embargo, los sublevados, despues de una sangrienta batalla, vencieron en Hippo y en Utica, con lo cual pudieron pensar seriamente en dirigir sus ataques contra la capital. Entonces fué depuesto Hannon, y Amilcar pudo vencer paulatinamente á los rebeldes, obligándoles á abandonar la capital y cercando, por fin, á Esendio con una parte de sus tropas en una cordillera llamada *la Sierra*, distante pocas horas de Cartago. Los rebeldes, al verse en tan apurada situacion, pensaron en entrar en negociaciones: entonces supo Amilcar, con astucia púnica, y apoyándose en el tratado mismo que los caudillos enemigos inconsideradamente habian firmado, apoderarse de estos y de los negociadores, mancha incomprensible en la gloriosa historia de tan eminente hombre. En número de diez, entre ellos Esendio y el sanguinario Autarit, fueron crucificados, y el ejército rebelde, fuerte de 40,000 hombres y falto de jefes, fué pasado á cuchillo. Mathos, que se encontraba en Túnez, libró una batalla en la cual cayó prisionero el segundo de Amilcar, Aníbal, que fué crucificado en la misma cruz en que habia perecido Esendio. La victoria de Leptis, en donde fué hecho prisionero Mathos, puso fin á la guerra: entonces Hippo y Utica, acosadas por tierra y por mar, hubieron de hacer la paz que en 238 dió cima á esta sangrienta lucha.

Cartago pudo, al fin, pensar en curar las profundas heridas que le habia inferido la guerra que desde el año 264 venia sosteniendo, lo cual solo pudo conseguir sufriendo en silencio una nueva humillacion y una nueva pérdida que la codicia y la mala fe romanas preparaban al misero Estado. En efecto, en 240 las tropas de Cerdeña produjeron temibles motines: los nuevos contingentes que por mar envió en seguida Cartago á la isla para castigar á los rebeldes (239) fracasaron en su intento, y estos prosiguieron las crueldades que contra los cartagineses habian iniciado. Los antiguos habitantes de Cerdeña se levantaron contra estos crueles bandidos, los cuales, al verse en tan apurado trance, impetraron el auxilio de los romanos. Para mayor vergüenza del Senado, la consideracion de una descabellada conquista pudo mas en él que la voz del honor y de la buena fe. La esperanza de poder reparar lo que el cónsul Lutacio habia perdido, y la perspectiva de arrebatarse, con la isla de Cerdeña, á los cartagineses un punto útil para un ataque contra las costas itálicas y de hacer que el mar Tirreno estuviera únicamente sujeto á la bandera romana, eran tan seductoras, que el Senado en 238 aceptó la propuesta de los bandidos y ocupó con tropas romanas las antiguas posesiones de los cartagineses. Cuando Amilcar Barca hubo vencido la rebelion y el gobierno cartaginés se preparó á hacer efectivos sus derechos sobre la isla de Cerdeña, el Senado declaró la guerra á Cartago (237), y esta que no se hallaba en estado de hacer frente al mas pequeño ataque de Roma, hubo de hacer la paz á toda costa, sin que le quedara mas recurso que entregar á Roma la isla de Cerdeña, que era el centro del comercio cartaginés con la Galia, la España y la Alta Italia, y pagar además 1,200 talentos. La loba romana, aprovechándose indigna y pérfidamente de la situacion del momento, vino á postrar mas á la humillada capital mercantil.

Los romanos habian hecho una nueva é importantísima conquista; pero esta perfidia que hizo presentir el ocaso de la antigua moralidad romana, hubo de costar muy cara á Roma. Esta humillacion despertó en el pecho del orgulloso Amilcar aquel profundo é inmenso odio contra la ciudad del Tiber, que se transmitió como herencia sagrada á toda su familia. Aníbal, Asdrúbal y Magon saldaron despues con Roma la cuenta



del atentado que entonces los romanos habían llevado á cabo contra los cartagineses. Por de pronto la política romana y la cartaginesa siguieron dos caminos tan distintos que no era fácil que por espacio de muchos años vinieran á encontrarse. Sin embargo, aquel que en Cartago seguía siendo un verdadero patriota, aquel que comprendía que la enemistad entre romanos y cartagineses era inextinguible, especialmente desde el último despojo, había de trabajar con toda su energía para sacar á Cartago del estado de postración en que se encontraba sumida y para prevenir el peligro que, por parte de Roma, á cada momento podía amenazar la independencia púnica. Este hombre era Amílcar Barca. Muy pronto veremos de qué manera llevó á cabo sus propósitos.

Los romanos, por su lado, ninguna ventaja habían obtenido de la adquisición de la isla de Cerdeña, á la cual siguió muy pronto la de Córcega, pues en ambas islas, especialmente en la salvaje septentrional, solo entraron en posesión verdadera de las costas. Pronto entre ellos y los rústicos habitantes de las montañas del interior se encendieron sangrientas contiendas que se prolongaron en Cerdeña hasta el año 233 y en Córcega hasta el 231. Después renovóse la lucha en la primera: esta isla que, junto con la Córcega, se hallaba gobernada por un solo pretor, opuso siempre gran resistencia á la civilización romana, siendo una de las posesiones del Estado que menos favorables se mostraban á Roma. Gravada con el diezmo y con una contribución directa que pesaba sobre las partes cultivadas de la isla, fué uno de los países de donde las tropas romanas trasportaban gran número de esclavos, de cuyos servicios comenzaban á necesitar en alto grado los grandes propietarios itálicos.

Desde entonces, la atención del Senado se fijó durante mucho tiempo y casi exclusivamente en los pueblos del Norte y del Este de la península italiana. Según se habían ido desenvolviendo los sucesos desde que los romanos se apoderaron de la comarca de los senones, y desde la unión de toda la península de los Apeninos bajo la hegemonía de Roma, era de prever con fundamento que la joven potencia itálica, una vez señora de la Cerdeña y de la Córcega, se había de dedicar exclusivamente á completar la Italia continental por el Norte, y sobre todo á conquistar los fértiles territorios que se extendían entre las estribaciones septentrionales de los Apeninos y las vertientes meridionales de los Alpes. Pero, aunque las legiones romanas se decidieron, en cuanto hubo terminado la guerra cartaginesa, á librar el combate decisivo con los celtas del valle del Po, las crueles hordas de este territorio fueron también esta vez las que dieron la señal de guerra. La nueva generación que había crecido al Norte de los Apeninos, desde la derrota de los senones y desde la última y temible batalla de los boyos, había olvidado los horrores de una guerra, cuyos detalles solo referían los aterrorizados testigos presenciales. El salvaje deseo que de antiguo sentía esta raza de derramar la sangre de los romanos y de convertir la Italia en un montón de informes ruinas, se despertó nuevamente, y ya en 238 Atis y Galatas, dos caudillos de los boyos, que habitaban los territorios comprendidos entre Bononia y Parma, y á los cuales se unieron las pequeñas tribus vecinas, condujeron las masas de sus afines de raza de allende los Alpes hácia la Alta Italia y con ellas se dirigieron, en 237, contra Ariminum. Los romanos, que entonces no sabían aun si había de resolverse por medio de las armas el reciente conflicto con Cartago, hicieron á toda prisa sus preparativos para la lucha; pero vieron pronto con satisfacción cómo crecía el descontento entre los celtas, cómo los caudillos boyos eran combatidos por sus mismos súbditos y cómo se encendía una sangrienta lucha entre los boyos y las tribus enemigas para

defender con la espada y con el pilum las italianas comarcas. Por eso entonces reinaba la paz entre los italianos y los celtas; pero los primeros comprendían que á cada momento la poderosa avalancha del Norte podía precipitarse sobre sus florecientes países, y los últimos creían, por su parte, que en la hora menos pensada tendrían que verse en la precisión de empuñar las armas. La nueva tempestad se desencadenó por último á consecuencia de las agitaciones de la política interior de Roma.

### III.—DEMAGOGIA DE FLAMINIO. SUMISION DE LOS CELTAS EN EL AÑO 225 ANTES DE J. C.

A los ojos del observador moderno, desde el complemento de la unidad de Italia, hasta la mortífera guerra que convirtió en ensangrentadas ruinas las dos florecientes ciudades de Cartago y Corinto, las atenciones militares, el estrépito de la poderosa lucha por la soberanía del mundo, parece que ahogaron en Roma todas las demás manifestaciones exteriores de su vida. Sin embargo, poco después de firmada la paz con Cartago, y por motivos agrarios, se desarrolló entre la nobleza y parte de la plebe una enemistad que hasta después de comenzada la segunda guerra púnica fué un obstáculo peligroso para el desenvolvimiento de las fuerzas del Estado, y que trajo á Roma la demagogia, desconocida aun en esta nación, y que tan temibles triunfos había obtenido en su tiempo en el suelo helénico. Uno de los que primero contribuyeron á este resultado fué Cayo Flaminio. No era éste un brutal innovador, sino, por el contrario, un hombre de Estado, de talento no escaso, pero animado de una ardiente pasión que le arrastró á la lucha para romper inconsideradamente la antigua práctica política de la república, y con ello, crear un profundo antagonismo entre los diversos poderes de Roma. Flaminio tenía la buena idea de crear un gran número de nuevas y productivas fincas agrícolas y de robustecer la defensa de la península contra los celtas, para lo cual propuso ceder á los labradores romanos el antiguo país de los senones, desde el Norte del Piceno hasta Ariminum, en donde existían, junto á las primitivas colonias romanas, extensos territorios que solo eran aprovechados para pastos. Cuando, elegido tribuno, presentó en 232 al Senado una rogación en este sentido, encontró una viva oposición por parte de la nobleza, que se creía amenazada en sus intereses materiales. Por consecuencia, aquella asamblea se opuso á esta pretensión, siendo uno de los que más la combatieron el propio padre del tribuno. Entonces Flaminio rompió los diques que las antiguas costumbres le oponían y apoyándose en el derecho, solo reconocido en teoría, y sin cuidarse del voto del Senado, dió fuerza de ley á su proyecto, apelando á los comicios tribunados. Procedióse desde luego á la distribución de tierras, se emprendió la continuación de la vía militar hasta Ariminum (vía que 80 años antes solo llegaba hasta Narni, pasando por Otricoli, y que poco después fué prolongada hasta Espoleto), y Flaminio, desde entonces y durante quince años, se vió recompensado con el aprecio de la plebe, mientras la disgustada aristocracia le mostraba profundo odio y buscaba todos los medios para ridiculizarle y mortificarle.

La repoblación del país de los senones con habitantes romanos produjo, sin embargo, consecuencias en las cuales no había pensado el tribuno. Las noticias que de los vecinos territorios de Italia recibían los celtas, encendieron su ardor guerrero. Los enfurecidos boyos quisieron tomar el desquite de las pérdidas sufridas cinco años antes, á cuyo fin hicieron un llamamiento contra Roma á todas las tribus de su pueblo establecidas en la Alta Italia, á excepción de la de los cenomanos y de las ciudades de Brescia y de Cremona que permanecían fieles á los romanos. Uniéronse desde luego á los

boyos los insubrios de Milan y además se reclutaron allende los Alpes y en el alto valle del Ródano, gran número de mercenarios llamados gesates, es decir, tropas á sueldo.

En 226 supúose en Roma que era inevitable la declaración de guerra: la angustia era grande, pues los horrorosos días de Alia y de Arecio habían dejado un recuerdo horrible entre los itálicos. Los más tristes presagios tenían espantado al pueblo; desgraciados oráculos corrían de boca en boca y la angustia y la superstición fanática ejercieron tal influencia, que los romanos, según se dice, olvidando las humanitarias prácticas de su culto y para evitar los efectos del destino que prometía á los celtas la posesión del suelo romano, enterraron vivos á un hombre y á una mujer celtas, é hicieron los preparativos necesarios para la lucha. Italia se encontraba entonces en la plenitud de sus fuerzas, y, según nos dice un gran conocedor de la historia romana, contaba con una población de nueve millones de habitantes, incluso los esclavos y los extranjeros, pudiendo poner en pie de guerra 700,000 infantes y 70,000 caballos. En estas cifras entraban los ciudadanos romanos, incluso los que gozaban del derecho pasivo, por 273,000 hombres, de los cuales 23,000 servían en la caballería.

Cuando en 225 la avalancha celta, robustecida por los tauriscos de los Alpes nórnicos, y compuesta de 50,000 infantes y 20,000 caballos y carros de batalla, se puso en movimiento, el cónsul L. Emilio Papo protegió con 25,000 hombres y 1,100 caballos la ciudad de Ariminum, punto que se creía sería objeto del primer ataque de los bárbaros. El otro cónsul, Cayo Atilio Régulo, se encontraba con fuerzas iguales en Cerdeña, mientras un pretor, con las milicias etruscas y sabinas, debía vigilar el desfiladero que conducía á Florencia. En Roma había quedado una reserva. Los celtas, sin embargo, contra todo lo que se esperaba, siguiendo la costa del mar Tirreno, se lanzaron sobre Pisa, sin encontrar apenas obstáculos en su marcha; penetraron inesperadamente en Etruria, y después de asolar esta comarca, se dirigieron á Clusium, que solo distaba tres jornadas de la ciudad del Tiber. Entonces Emilio desde el Este y Atilio desde Cerdeña, al tener conocimiento de tales hechos, corrieron á salvar á Etruria; pero entre tanto los celtas supieron astutamente hacer aceptar un combate á las tropas sabinas y etruscas que les perseguían y que ocupaban posiciones muy desventajosas, y las derrotaron por completo, pudiéndose únicamente salvar el resto de los vencidos por la oportuna llegada del cónsul Emilio. Los celtas concibieron el plan de huir del cónsul y poner en seguridad en la Alta Italia el rico botín de que se habían hecho dueños; pero cuando llegaron al mar Tirreno, se encontraron en Telamon (hoy Telamone, situada junto á la desembocadura del Ombrone) con las legiones sardas de Atilio que, habiendo desembarcado en Pisa, se oponía á su paso. Librada la batalla y atacada la retaguardia celta por el cónsul Emilio, que había llegado al lugar del combate, generalizóse la lucha decisiva, en la cual la audacia impetuosa de los celtas hubo de ceder ante el valor y superioridad de las armas de los romanos. El ejército celta quedó destruido: 10,000 soldados fueron hechos prisioneros y 40,000 perecieron en el campo de batalla.

### IV.—LOS ROMANOS CONQUISTAN LA ALTA ITALIA. GUERRA ILIRIA

Los romanos comprendieron entonces que era necesario aprovechar esta victoria y proseguir con energía la campaña, destruyendo, á ser posible, en una sola batalla todas las fuerzas celtas de la Alta Italia. El bravo cónsul Emilio, pues Atilio había perecido en la lucha, atacó en 225 el territorio de los boyos, y los cónsules del año 224 completaron la su-

mision de este poderoso pueblo. Las avanzadas romanas se habían apoderado de la línea del Po, quedando solo por conquistar las comarcas que al Norte de este río se extendían y en las cuales los romanos tenían que habérselas con los audaces insubrios.

El favor de la plebe, en 223, año en que acontecieron estos sucesos, nombró por compañero al cónsul P. Furio, al favorito de los labradores, Cayo Flaminio, quien no dió en esta ocasión grandes muestras de ser un general dotado de la aptitud y penetración necesarias. Flaminio atravesó el Po por la comarca de la actual Plasencia, pero sufrió en este punto tales pérdidas y se vió en situación tan comprometida, que solo pudo salvarse del peligro firmando un armisticio. Poco después renovó sus ataques desde el territorio de los cenomanos, en vista de lo cual los insubrios reunieron todas sus fuerzas y pudieron presentar frente al romano un ejército de 50,000 hombres. Flaminio, desconocedor del terreno, y víctima quizá de su imprudencia, encontróse de nuevo en una posición tanto más peligrosa, cuanto que tenía motivos para dudar de la fidelidad de sus aliados cenomanos. Estas dudas llegaron á tal extremo, que el cónsul, después de haber atravesado el río Olio, destruyó los puentes, á fin de interponer entre él y sus aliados, esta caudalosa corriente sin vado y evitar de este modo los efectos de una traición. Colocado en una situación que cualquier general hubiera evitado, aceptó una batalla decisiva, sin pensar que en caso de desgracia no le quedaba retirada alguna. El valor de sus soldados y la inteligente dirección de sus oficiales, consiguieron entonces una importante victoria, en la cual para nada entró la estrategia del cónsul. La nobleza no dejó de manifestar su antipatía hácia el demócrata, cuando el Senado propuso conceder á Flaminio los honores del triunfo, mas el favor de la plebe dispuso que de ellos no se privara al vencedor.

Los insubrios estaban entonces prontos á firmar la paz; pero la dura política romana, que en tales casos nunca dió pruebas, hasta la época del gran Estilicon, de moderación ni de magnanimidad, exigió ó la completa sumisión, en lo cual no podían consentir los celtas, ó la destrucción total del enemigo. Así, pues, la guerra continuó. Los insubrios lograron reclutar todavía allende los Alpes 30,000 soldados; pero todo concluyó para ellos cuando en 222 penetraron en su territorio, procedentes del de los cenomanos, dos de los mejores generales de Roma, el audaz cónsul plebeyo Marco Claudio Marcelo y el patricio Cneo Cornelio Escipion. Cuando los insubrios intentaron obligar á los romanos á levantar el cerco de las dos importantes plazas de Acerre y Abda, al Noroeste de Cremona, haciendo para ello una incursión en las comarcas del Sur del Po, hizo sufrir Marcelo una desastrosa derrota junto á la ciudad de Clastidium, fortificada por los romanos, ciudad que, situada junto á Pavia, conocemos hoy con el nombre de Casteggio. El bravo caudillo celta Viridomar, guerrero provisto de armas de oro y plata, entró en combate singular con el cónsul y cayó en poder de este. Acerre fué tomada por los romanos, y después de una última batalla, cuyo éxito estuvo durante mucho tiempo indeciso, ocupó el cónsul Escipion la fuerte capital Mediolanum (Milan), completándose la sumisión de los insubrios con la toma de Comum.

De esta suerte el imperio itálico, bajo la égida de Roma, se extendió hasta las vertientes meridionales de los Alpes; los cenomanos y venetos permanecieron libres, pero amigos y aliados de los romanos; mas aun debía pasarse mucho tiempo antes que la soberanía del Senado en la Alta Italia, á costa de tanta sangre comprada, fuese realmente algo mas que una sangrienta victoria. La parte occidental de la comarca septentrional que se extendía entre los Alpes y los Apeninos